

Nació en 1790 en la Isla francesa de Guadalupe, en el Caribe, frente a la plaza Point-a Pitre, en una casa típica de la isla, construida en madera, caoba, inmune a los insectos. Su padre era el boticario de la ciudad, el Dr. Mornaix y su madre Mme. Eugenie, pertenecían la clase media alta, su religión era la católica.

Los habitantes de la isla, en su mayoría, se dedicaban a la plantación y elaboración de azúcar. Quedaba a solo 130 km. de la Isla Martinica.

Su nombre era Paul y esperaba la mayoría de edad para ir a Francia y trabajar para el Rey (en aquel entonces Luis XVI). Había sido criado para ser católico, patriota y leal al Rey. Los únicos enemigos conocidos eran los ingleses que habían invadido la isla en 1759, y su abuela Graudmere Mornaix, con solo 67 años, 3 hija y 41 esclavas había resistido a la fuerza británica invasora, a pesar de sus cuatro años de ocupación. Tenía una hermana mayor, nacida en 1784, de nombre Solange. Su vida era apacible hasta 1801, cuando un buque corsario británico, al mando del Comandante Wrentham, llegó al puerto de Guadalupe e invadió la isla. Los franceses, mulatos, criollos y negros, se unieron para enfrentar al enemigo, mientras enviaban un grupo de caballería al centro de la isla, para salvar a los cultivadores de azúcar. Gracias a esto los propietarios de plantaciones pudieron sobrevivir a los ataques británicos. No pasó lo mismo con los habitantes de la ciudad, las casas fueron arrasadas, los muebles de caoba ardieron y miles de mujeres y hombres muertos. Pero uno de los hombres del Comandante Wrentham alcanzó a ver a Paul, escondido detrás de una reja, en la galería de su casa. El oficial de la fuerza naval británica, de nombre Aldmixon, decidió llevarlo con él para que fuera su sirviente. Fue maltratado y obligado a servir, hasta que el buque ancló en Port Royal, al sur de la isla de Jamaica, donde se reunía la flota británica para abastecerse, repartirse el botín y prepararse para una nueva excursión.

Guadalupe pertenece a un grupo de isla del Caribe, llamadas pequeñas Antillas.

El buque en el que se encontraba su dueño, (1805) se dirigía a la isla Vaca (pequeña isla Jamaiquina, a medio camino entre Tortuga y Port Royal) y allí fue vendido a otro inglés de nombre Will Pennyfeater, quien se encargó de entrenarlo para el ataque en una fragata de treinta y cuatro cañones y una tripulación de ciento sesenta hombres.

Tuvo que hacer lo que le habían enseñado a odiar desde su nacimiento: invadir, saquear, matar, pero sin embargo esa era la única manera de sobrevivir.

Hasta que, a fines de 1806, fue embarcado a una fragata bajo las órdenes de Juan Whiteloch, que respondía al gobierno inglés y cuya misión era invadir a las tierras del Río de la Plata, llamadas Buenos Aires.

Desembarcaron un 28 de Junio de 1807 en la Ensenada de Banagán y marcharon a Buenos Aires. Toda la flota inglesa estaba compuesta por unos 8 mil hombres. En el primer encuentro entre los ingleses, españoles y criollos del lugar, los patrones tuvieron la victoria. En el segundo ataque las fuerzas inglesas, entre las que se encontraba Paul, entraron a las calles de Buenos Aires, divididos en doce columnas, dirigidos por Roberto Grawfurd. Paul miraba la Plaza Mayor de la ciudad, donde habían colocado los cañones y desde ahí veía como el pueblo comenzó a resistir como podía. Desde las azoteas de las casas los vecinos que no integraban el ejército, junto con las mujeres y los niños, tiraban piedras sacadas del empedrado, y aceite hirviendo.

Luego de seis días de lucha, con grandes pérdidas para sus patrones, Paul decidió huir entre esas callejuelas y correr, correr hasta perder el aliento. Cualquier tipo de vida sería mejor que la que venía llevando hasta ese momento.

Cuando sus fuerzas lo abandonaron por completo, cayó frente a una casa de dos pisos, que tenía un letrero en la puerta principal: *Sastrería Joaquín Godoy*.

La vida de la familia Godoy se desarrollaba sin mayores sobresaltos. La clase media alta estaba formada por los funcionarios públicos, los comerciantes (como Godoy) y los dueños de las tierras labradas en los alrededores de la ciudad.

La familia participaba de las festividades religiosas, se alteraba cuando un alto funcionario venía a la sastrería, o cuando se para asistir a los juegos del lucimiento de jinetes, como la sortija y el pato.

El señor Godoy, tenía una esposa llamada Emilia y dos hijas de 12 y 14 años y entre los tres hacían las tareas hogareñas. El trabajo de Joaquín se había encrementado últimamente con los clientes que le enviaba el Sr. Fernandez de Albe, alto funcionario del Cabildo. Había pensado en tomar un aprendiz cuando un chico de aspecto extraño golpeó su puerta en busca de ayuda. Estaba sucio, transpirado y terriblemente asustado. Cuando intentó hablar le contestó en una jerga, mezcla de inglés, francés y español. El sastre lo hizo pasar, le dio agua y escuchó su triste historia. Decidió entonces darle un lugar en su casa, convertirlo en su aprendiz y enseñarle lo mejor posible las técnicas de su oficio.

(*VIDA COTIDIANA EN BS AS)

Y así transcurrieron dos años en donde Paul encontró su lugar en una piecita en donde guardaban los muebles y ropa en desuso. Fue aprendiendo el arte de cortar, probar, cocer, como también y fundamentalmente, escuchar a los clientes, la mayoría de clase media alta, ligados a la política y economía del virreinato. Ellos eran los encargados de poner al tanto al sastre y su ayudante de la situación de la ciudad, del virreinato del Perú, y Europa.

1809 Después de haber expulsado a los ingleses, España nombró a Cisneros virrey del Río de la Plata. Se dice que venía desconfiado porque pensaba que Liniers se oponía al poder de la corona española, que pasó primero por Montevideo, después a Colonia desde donde mandó a averiguar cómo estaba el ambiente político. Recién entonces vino a Buenos Aires.

El trató de ganarse la simpatía popular, financiando la publicación del Correo de comercio /comillas/ de Belgrano y aceptando que los bancos ingleses que rondaban alrededor del puerto, desembarcaran su mercadería, y aunque siempre decía: Por esta vez, en realidad lo hacía para cobrarles el derecho de aduana muy presionada por Moreno que insistía en la necesidad de la economía del virreinato al mundo.

El sastre no estaba nada contento con estas medidas y se quejaba que la apertura comercial traería dificultades a los artesanos, ya que no podrían competir con las mercaderías extranjeras.

Un cliente criollo, que trabajaba en la elite del virrey, les contó que habían entrado a España las tropas napoleónicas y José I (hermano de napoleón), intentaba gobernarla a pesar de la resistencia de los Españoles, pero antes de eso ya los americanos habían comenzado a revelarse. En primer lugar los aborígenes (Que eran los más oprimidos), y después dos ciudades importantes del alto Perú, aunque fueron rápidamente sometidos, así que esta última noticia rebalsó el vaso. Si bien los españoles y demás autoridades querían que los virreyes se mantuvieran en su puesto, pero los criollos no querían saber nada.

Fueron siguiendo atentamente el desarrollo de los acontecimientos, por motivos bien distintos: el sastre porque su interés estaba concentrado en que no decayeran sus beneficios y que no perdiera sus posesiones. El aprendiz en cambio, el aprendiz pensaba que si Europa perdía su poder en América, el encontraría la forma de volver a Guadalupe. Por tierra en ese momento era imposible, estaba lleno de indios sanguinarios. Por mar, solo en buque inglés o español, lo cual era imposible también.

Así llegaron el 18 de Mayo de 1810, día en el que se enteraron que el virrey Cisneros publicó un manifesto aconsejando a los vecinos que se mantuvieran tranquilos y leales a las autoridades. Pero al día siguiente, el 19, Saavedra y Belgrano gestionaron ante el Cabildo una asamblea General (o Cabildo abierto), para tratar esta

situación tan difícil.

El día 20, aunque era Domingo, el alcalde de primer voto, que presidía el cabildo, le comunicó el pedido a Cisneros, quien inmediatamente reunió a los jefes militares para comprobar si podía contar con sus tropas pero estos contestaron que no. Los oficiales se fueron a la casa de Rodríguez Peña y allí el grupo que estaba reunido decidió enviar a Juan José Castelli y Martín Rodríguez, en representación de todos a ver a Cisneros y exigirle que convocara el Cabildo abierto.

Les llegó la información que estos patriotas le dieron cinco minutos para que se decidiese y un amigo del virrey que estaba de visita lo llevó aparte y lo convenció de que accediese. Dicen que cuando volvió a reunirse con los patriotas les dijo que ya que el pueblo no los quería y el ejército es abandonado que hicieran lo que quisieran. Así llegaron al lunes 21, en que el Cabildo, con autorización del virrey repartió 450 invitaciones aproximadamente, entre los principales vecinos. Aunque solo se presentaron 251 muchos de ellos eran clientes del sastre, así que se enteraron paso a paso lo que sucedió el martes 22.

Abrió el debate el obispo Lue que dijo que mientras estuviera un español en América, ese español debía mandar a los americanos. Castelli se enojó y le contestó que el único que podía gobernar era el rey, y como este ya no estaba ellos podían disponer de la total autoridad. El juez Villata, replicó que Buenos Aires, por si sola, no podía resolver nada, que tenían que intervenir todos los representantes del virreinato. Entonces se levantó Juan José Paso y dijo que las leyes permitían al hermano mayor (Bs. As.) resolver los asuntos urgentes de la familia en ausencia de los otros hermanos. Se cerró el debate y se pasó a votar si Cisneros debía continuar con el cargo o no. Pero casi todos votaron que no , entonces se lo separó del cargo. El cabildo recibió el encargo de designar una junta , para que no quedara duda que era el pueblo el que confiere la autoridad. Sin embargo el miércoles 23, hicieron al revés de lo que habían votado: crearon una junta sin consultar al pueblo y eligieron presidente a Cisneros.

El sastre pensó que había sido una hábil maniobra lo de Cisneros, ya que en pocos días había perdido y recuperado el poder.

El 24, además de Cisneros, tomaron el puesto cuatro vocales (Saavedra –militar/ Belgrano– cine) y dos españoles (que eran activistas de barrio, llamados chisperos.

Las calles estaban alborotadas. El sastre y el aprendiz miraban desde adentro como la gente corría, se juntaban de a grupos en las esquinas y hablaban indignadas. El sastre envió a Paul a escuchar y este volvió con la noticia de que ante la resistencia del pueblo, Saavedra y Castelli renunciaron inmediatamente. A continuación hicieron lo mismo Cisneros y los españoles. Ese resultó ser un día de mucha tensión donde casi nadie se abocó a sus tareas habituales.

El viernes 25 el Cabildo no aceptó las renunciaciones y trató de obtener la ayuda de las tropas, pero éstas estaban sublevadas. Mientras tanto en la plaza mayor, se juntaban cada vez más patriotas y curiosos a pesar del frío y la lluvia.

El sastre que se encontraba entre toda esa gente, pudo ver como los jóvenes French y Beruti repartían cintas celestes y blancas.

Como pasaban las horas y la gente se impacientaba, un grupo audaz comenzó a golpear la puerta del Cabildo, exigiendo saber qué pasaba adentro.

Pero mientras tanto un grupo eligió a las personas propuestas por voluntad popular y consiguió unos centenares de firmas. Ante esto, los cabildantes tuvieron que ceder, aceptaron las renunciaciones pendientes y nombraron la nueva Junta, adoptando además un reglamento que este debía cumplir. La Junta tenía como presidente a Cornelio Saavedra (dedicado a la actividad militar desde las invasiones inglesas), Vocal: Manuel

Belgrano(abogado y economista). Vocal: Juan José Castelli (abogado liberal y jefe del sector iluminista de los criollos que luchaban por la independencia); Vocal: Manuel Alverti (cura y nose). Vocal: Miguel de Azcuérraga (hacendado de gran fortuna y afir en las ideas del grupo morenista. Vocal: Domingo Matheu (español, comerciante) Secretario de hacienda: Juan José Paso(secretario y cercano al sector de Mariano Moreno). Secretario de gobierno y guerra: Mariano Moreno (abogado y jefe del ala más radical del nuevo poder político).

El sastre estaba consustanciado con el nuevo gobierno, como buen criollo, y esperaba ansiosamente que se tomaran medidas que impidieran la importación